

1007

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Car. de Humanidades  
Biblioteca Universitaria*

9



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1968



## LA POSIBILIDAD DE UN ENCUENTRO ENTRE LAS CULTURAS DE LOS PUEBLOS

DR. FRITZ J. VON RINTELEN  
Universidad de Maguncia

**Sumario:** 1) La disposición para un encuentro.—2) La valoración europea del espíritu.—3) La superación de la naturaleza por el espíritu.—4) El individuo y la libertad.—5) Humanitas.—6) Caminos para el encuentro: la Técnica.—7) El imperio espiritual de los valores personales como 'puente' internacional.—8) Las apreciaciones de los pueblos ¿no son, entre sí, relativas?—9) Lo relativamente común entre ellos.—10) ¿Existen, para todos los pueblos, valores básicos no limitados por el tiempo?—11) La ascensión gradual y sus variaciones.—12) Resultados.

1) ESTAMOS, HOY, EN EL ACTO de buscar un encuentro entre los pueblos. En los tiempos presentes, este deseo es más perceptible, primero, porque cualquier acercamiento anterior se ha visto frustrado por causa de las últimas guerras mundiales; segundo, porque se ha creado una nueva situación global por el desarrollo económico-técnico, haciendo vecinos íntimos a los pueblos, con el subsecuente fomento de un intercambio entre ellos que va en constante aumento. Es de preguntarse, por ende, si es posible un legítimo encuentro espiritual. ¿Qué quiere decir "encuentro"? El encuentro significa un entendimiento humano mutuo que reconoce el alto valor de culturas entre sí distintas, basadas en los diferentes modales de vida y de la tradición popular, que han nacido de históricas profundidades psíquicas. "El que su pasado niega, tampoco tiene un futuro", dice Roberto Hartmann, México.

La norma para cada manifestación de una vida espíritu-cultural se encuentra expresada en las palabras de Goethe ("Orphische Urworte"):

*"Bist allsobald und fort und fort gediehn  
Nach dem Gesetz, wonach du angetreten."*



*So musst du sein, dir kannst du nicht entfliehn.  
So sagten schon Sybillen, so Propheten;  
Und keine Zeit und keine Macht zerstueckelt  
Gepraegte Form, die lebend sich entwickelt".*

*"Según la ley que te creó, te desarrollaste  
en forma constante y continua.  
Así tienes que ser y no puedes huir de ti mismo.  
Los profetas y sibilas de esto han dado testimonio.  
Ni el tiempo, ni ningún poder destrozar logran  
la forma innata que se evoluciona al lado de la misma vida".*

Comprendido este axioma, lograremos enterarnos con claridad de la grandeza humana y de la posición específica del pensar ajeno, y si nos dejamos influir por él, pueden resultar relaciones fecundas. Es, luego, cosa de cada uno, demostrar, a través del discurso, su buena voluntad de conocer lo que nos une, para sentir el "aliento" de la ideología heterogénea.

Lo mismo sucede con respecto al encuentro de persona a persona. Tal encuentro no se refiere a materias teóricas generales que se aplican a todo el mundo sin tomar en cuenta las particularidades individuales —como lo intentó el siglo de la "iluminación" para terminar proclamando lo común en toda la tierra. El encuentro no quiere menos que llegar a definiciones concretas, quiere solicitar la extrema comprensión del universo, indagar, además, las fuentes de fuerzas constructivas. Así pues, el encuentro se limita a aquellos grupos que buscan la manera de penetrar hasta la substancia interior de la vida humana y que a la vez se han librado del complejo de creaciones y estampas culturales, a las cuales pertenecemos nosotros. Si nos hemos de entender mutuamente, es preciso saber estimar la presencia humana del prójimo y apreciar los postreros motivos e ideales del mismo. De este modo se trata de valores básicos y vitales como condición indispensable para una humanidad creadora, y no de ideologías contemporáneas de valor dudoso, rígidas, intolerantes y de principios ya moldeados.

Intentar una comprensión mutua bajo tales presunciones no significa, empero, el sacrificio de la propia convicción, porque de esta manera no sería factible guardar la propia identidad. Al contrario: si contemplamos, a razonable distancia, la historia del ingenio y de la cultura, notamos que ciertas relaciones humanas paralelas pueden provocar, desde el punto de vista ajeno, reacciones opuestas y de origen distintas que sin embargo se complementan, se acercan y se fertilizan, con el resultado de un provecho espiritual mutuo. Pero, para poder ofrecer algo en el medio del "encuentro", es ló-

gico que se disponga de un pensamiento fundamental propio. Sin él sería imposible cualquier coloquio existencial. Resulta, por ende, la siguiente cuestión primordial: ¿de qué consiste lo ejemplar de la humanidad europea para sentirse capaz de efectuar, básicamente, un "encuentro"?

2) *La valuación europea del ingenio.* Desde el punto de vista histórico, el hombre europeo, y el que haya emigrado de nuestro continente, descansa sobre los hombros del pensamiento antiguo-humanista y de la cristiandad, aunque se puede haber distanciado en algo del mismo, en contra de su propio bien. Pero en todo caso hemos pasado por esta escuela tradicional que ha formado nuestra alma y que ha producido el fondo categórico para una posible comunicación humana de carácter incondicional. Hagamos resaltar lo más típico del caso, o sean: la confianza en un espíritu de orden y sentido efectivos, la superación de la naturaleza por constantes esfuerzos creativos, y el descubrimiento de la dignidad individual, que ha generado el postulado de "Humanitas" desde los años de su desarrollo histórico. No hay duda de que estos preceptos han sido frecuentemente menospreciados a través de la historia europea. Ha pasado lo contrario, distanciándonos a nosotros mismos. Pero un entendimiento histórico, legítimo, no registra más que elementos fundamentales, de estructura básica, y una ética productiva. Sólo así se comprende al prójimo.

Los griegos antiguos ya reconocieron la primacía del ingenio, el cual, como don de los dioses, sabe enunciar finalidades: "Eleutheria", libre e independiente, no se deja sujetar a presión exterior alguna. Si bien hablamos del ingenio en un sentido moderno, pensamos en el espíritu subjetivo personal; pero el pasado le da el significado de "Logos" —que equivale al orden interno de la estructura mundial y de todo ser. Este "logos" no se puede, desde luego, captar de inmediato con los sentidos; sin embargo, es la esencia de todo. Mientras más se impone, más observamos una sublimación de lo existente, ascendemos a alturas más nobles que representan, si así se nos permite decir, un eco de la eternidad. (Compárese a Platón, Aristóteles, Leibnitz, etc., hasta nuestros tiempos).

Los tiempos antiguos y la cristiandad saben, por consiguiente, de una realidad trascendental, cuya noción se mantiene viva, y se une a nuestra sustancia espiritual hasta llegar al juicio de que debemos hacer "trascender lo obvio". ¿Y este modo de pensar, no se origina, quizás, en otras fuentes, a base de otros aspectos menos discursivos?

Fijémonos, por ejemplo, en el mundo de la India: allá todo se considera como fuera de lo sensual; distinguimos varias etapas de ascenso hasta la plena sublimación. (Moksa, Brih Uphanishaden 3, 4, 2. Chand. Up. 8, 7-12). Se habla de grados o rangos, de los dioses que platican hasta, y detrás, de



los tallos del césped. (Maitraya Up. 3, 2, Bagavadghita 5, compár. Sankara). O pensamos en la ideología de los Chinos, en Laot-se (siglo VI a. C. n.). Para él, la idea central es el Tao, el orden inmutable, lo eterno (Shang), el "Pneuma" (Miao). Konfuzius alaba la medida, más el orden divino.

Admitimos, empero, que cada don grande del hombre, el del ingenio no menos, puede presentar una cara adversa, si se convierte, de manera exclusiva, en "Hybris", como la llamaban los griegos antiguos. El intelecto formal europeo puede, visto en términos generales, transformarse en su imagen contraria, si es que predomina; puede destruir el desarrollo de la vida por su crítica excesiva, y puede poner en duda todos los postulados y deberes espirituales por falta de argumentos. Cede, de esta manera, a un dinamismo activo como única realidad, un dinamismo que usurpa la razón calculadora para fomentar sus instintos de poderío —como efectivamente sucedió. Pero esta tendencia exclusiva representaría una degeneración del sentimiento básico europeo.

3) *La superación de la naturaleza por el ingenio.* El espíritu europeo quiere, en cambio, despertar las fuerzas esencialmente creadoras e intelectuales en un sentido positivo. Se distancia así, sin duda, de la naturaleza en el curso de nuestra historia. Por esto, el hombre europeo ha desarrollado un sentir dualístico más o menos pronunciado (comp. Descartes: *substantia cogitans* —*substantia extensa*. Paralelismo psico-físico). Dicho sea que Leo Gabriel (Viena) ha tratado de vencer este sentir dualístico, dentro de lo posible, con su *Lógica Integral*. El hombre europeo es, así, según Nietzsche, una "cuerda entre el cielo y la tierra", entre el ingenio y la naturaleza. Es un estímulo esto, para cumplir mucho, para "sujetarse al mundo" como dice la Biblia; pero encierra el gran peligro de que quede estancado en la atmósfera tenue de ideas abstractas y de una intelectualidad templada, como arriba se ha dicho. No nos ha de extrañar, por ende, si el físico G. Ludwig dice que no es posible hablar de contemporaneidad, porque ésta no se puede expresar en términos matemáticos. El Prof. Panikkar, de la India, llega hasta el punto de manifestar: si los europeos persisten en tal "scientism" (cientismo), los africanos y los asiáticos verán al "européismo" como a un cerro lleno de horrores, poco accesible y sin vegetación alguna.

Así han nacido, sobre todo en los últimos tiempos, grandes tensiones interiores en nuestro tipo de hombre, con el afecto de que hace, frente al mundo no europeo, la impresión de inestabilidad e intranquilidad —porque no confía tanto en las fuerzas naturales como el asiático. Por eso debería de pensar en conservar su ecuanimidad y no perder el "centro de su ser", del cual hablan con tanta insistencia en sus obras espirituales los hombres del Asia. Por esta razón oímos admitir en estos días con cierta frecuencia, que la de-

masía de bienes materiales y el mando del puro intelecto causan un vacío espiritual; se habla, además, y como nunca antes, del "temor por su vida" de nuestro hombre, de su situación "fuera de la salvación", según Heidegger.

La postura dualística y la transgresión por terrenos de la naturaleza retan, desde luego, la energía humana y producen formidables potencias. ¡Con qué gusto se citaban las palabras de Goethe: "En el principio prevalecía la acción"!, cuyo dicho axiomático se entendía, desafortunadamente, sólo en un sentido unilateral —activo. La distancia a la naturaleza, y la actividad que de ella resulta, es condición de la dominación de la naturaleza por la ciencia y la técnica modernas que nos benefician a todos. Tal ademán de hombre fuerte, de todas maneras, únicamente resulta productivo por tiempo prolongado, si no pierde la dirección, y se deja guiar por el espíritu de la verdad y su primacía que encierra todos los alcances humanos.

4) *El individuo y la libertad.* Sigue, pues, la idea principal del sentir europeo. Se trata de la acentuación, históricamente desplegada, del *valor propio personal*, que presupone la libertad y que empezó a desarrollarse en la última fase de la antigüedad. Este elemento personal ya se encuentra en los preceptos de Séneca (mur. en el año 65), quien se basa en la Stoa anterior, y lo acondiciona para la *Unitas Generis Humani*. Los hombres están unidos entre sí tanto por la naturaleza como por el espíritu, porque vive en nosotros un "espíritu santo" (*sacer inter nos spiritus sedet*; Ep. 41, 2. 71, 19.). Por esta causa todos somos similares (similes; de leg. I, 28 y sig.), nacidos para la comunidad (*in comuni nati sumus*; Ep. 95, 52 y sig.). Esta circunstancia representa una obligación ética-personal, religiosamente fundada, la obligación de ofrecer nuestro amor, nuestra amistad a todo el mundo, y cuyo deber recuerda a los postulados de la vida cristiana que poco después se iban iniciando (Ep. 3, 2 de ben. VII, 12, 2. *philanthropia* Ep. 73, 7 y sig.). Séneca, se puede decir, ya tuvo presente la imagen del "ciudadano del mundo", de una "magna et vere res pública" (De otio 4, 1. De ira II, 31, 6).

De lo arriba dicho podemos deducir lo siguiente: El ser humano se manifiesta a través del impulso por el sentido espiritual y en su habilidad de poseer libertad, interna y externamente. Por esta razón se le debe conceder un alto grado de independencia siempre que no abuse de ella. Le corresponde un valor propio que no se le puede ni se le debe quitar. No es admisible, por ende, y según Kant, aprovecharse de él como medio para fines ajenos, sino es un postulado social respetar su soberanía. Aunque esta formulación del valor personal no tenga una aceptación idéntica fuera de los países europeos, el mismo sentido sí prevalece en otras partes, como me pude dar cuenta p.e. en el Japón, donde se aceptan estos conceptos. Y es precisamente esa *existencia personal*, que al hombre europeo le permite el acceso pro-



fundizado a los esenciales dominios culturales como son los del arte, de la poesía, de literatura, ética y religión. Lógicamente, Dios es visto —en el mundo cristiano—, como creador santo y activo, trascendentalmente más allá de toda imaginación humana. Se observa así, en términos generales, el motivo dualístico, en comparación con la esfera cultural asiática, donde “el Dios” tiene sus raíces en la misma naturaleza.

En la Bhagavatghita (IV. siglo a. C. n.), en cambio, predomina opuesto al Jainismo Sankhya —un soberano del mundo en persona, como ser absoluto que incorpora todo el universo (14), y a quien se le venera como el “Sublime” (Bhagavant), como el Eterno en “verdad, bondad y santidad” (6, 7, 10. Isvara Cvet. Up. 6, 8). Se llega a “este espíritu increado, máximo, por el amor” (Bhakti 8, 22), por el “empeño activo”, por “la sabiduría” (Jnana) y “la perfección” (3, 19 y sig., 18, 23); él vive en la “bondad bondadosa” (10, 36). Pero “corte la duda, que proviene de la necedad, con la espada del saber” (4, 42; trad. Schroeder), “El afán, la ira y la codicia son las puertas que abren el camino a la obscuridad” (16, 21 y sig.). A pesar de los motivos personales en la Bhagavadghita debemos comprender que en el mundo asiático la persona y el Ego —en el sentido de egoísmo— se relacionan entre sí con frecuencia, y no siempre indebidamente, aunque la manera de pensar europea sugiere, que la persona se acerca a sí misma a través de la abnegación, sin ser idéntica con el “individuo”.

Lo que en la tradición europea goza de la estima más alta, culmina en Dios, aunque fuera a una distancia inimaginable. El mundo es Su reflejo, Su vestigio (vestigium), Su “imitatio deficiens” (Aug. Tom.). Pero la elevada valoración de la persona humana se expresa sobre todo por el hecho que el hombre fue digno de los sufrimientos de Dios, para santificar el sufrir. Al ser individual le corresponde, así, desde los tiempos de Platón, un “destino eterno” (como dice Fichte).

Existen, por cierto, varias tendencias, pero domina históricamente, con toda probabilidad, lo arriba delineado. Si estudiamos los tiempos presentes, observamos sin duda un distanciamiento, fundado también en la historia, de la senda religioso-metafísica. En vista del profundo apartamiento del hombre europeo de la naturaleza, esta distancia produce un aislamiento individual un tanto más pronunciado. Vimos que el europeo es un hombre que quiere realizar su ser propio, su voluntad espiritual y su energía únicamente dentro de límites relativos, los cuales, en cambio, encierran el peligro de un individualismo exagerado. Pero el presente nos exige que nos unamos con la comunidad social. Este, nuestro deseo más íntimo es, sin embargo, sólo verificable si conservamos nuestra personalidad individual con sus derechos in-

violables. Por esto citamos a Schleiermacher: “Formación con rumbo a la sociedad, para formar, a la vez, la personalidad”.

5) *Humanitas*. Sobresale, por último, una circunstancia esencial, o sea el cuidado por la “Humanitas”, el “anima naturaliter humana” como deber intrínseco de la existencia personal. Séneca, a quien arriba citamos (de ben. IV, 18, 2f), ya habló de la “dignitas hominis”; respetamos sus ideas. Terencio formuló la sentencia generalmente conocida: “Homo sum, humani nihil a me alienum puto”. Esta sentencia presupone el amor al individuo. Pero antes es preciso admitir que no hemos cumplido del todo este postulado fundamental ni nosotros ni los demás en este mundo —en los últimos años ni en tiempos presentes. Este hecho reclama un examen de nosotros mismos: la “Humanitas” estaba ligada, históricamente, con el humanismo europeo que exige una formación espiritual del hombre en el sentido de un compromiso moral, y de una vereda que conduce a la actividad productiva. La idea original era, que todos los hombres fueran hermanos, a través del ingenio, del “logos”. Debemos fomentar una tolerancia mutua y el respeto a la convicción ajena, sabiendo, que todo hombre lucha con su propio ser. El amor a personas y valores heterogéneos —tan frecuentemente olvidado—, que no se limita a promover el bienestar material, sino que llega hasta las entrañas íntimas del hombre (Scheler), se elevó, históricamente, al cariño bendito hacia el prójimo, a través de la “Caritas”.

Vemos, así, confirmada la idea de Aristóteles, que el hombre está predeterminado, por la misma naturaleza, a vivir en comunidad (Polít. I, 2, 1253 a 1), y precisamente esta exigencia debería de acondicionar al europeo, para que busque un encuentro con los pueblos de otras culturas, a raíz del ánimo de tolerancia y comprensión.

Los fundamentos ejemplares de la humanidad europea representan, consecuentemente, y con respecto a sus ideales, la fe en un espíritu libertador e ingenioso que sí se distancia —a veces demasiado— de la naturaleza, pero que utiliza las fuerzas de la misma, en bien del hombre, por su energía. No nos podemos referir, sin embargo, al ser humano en un sentido realmente válido, si no se cultiva, a la vez, este valor intrínseco personal que se abre al “homo vere humanus” con manifiesto afecto.

6) *Caminos al “Encuentro”: La Técnica*. Después de habernos examinado concienzudamente con respecto a cómo se debe proceder, daremos un paso más, preguntándonos, cómo se podrá realizar, bajo los auspicios delineados, el citado encuentro. En un principio dijimos que el encuentro sólo se verificaría, si nos amoldamos al pensamiento ajeno. Ahora vemos que la técnica sola, en “escala grande” (Holzamer), no lo logrará. Al contrario: es



indispensable permitir, que los valores espirituales de otros pueblos y culturas produzcan su reflejo sobre los nuestros. Cabe preguntar, si aquellos valores no son enteramente desiguales, y tan relativos que es conveniente ignorarlos. ¿O será posible concentrarnos sobre los rasgos comunes como se presentan en un contacto concreto personal? Un contacto así puede convencer, siempre que se manifieste un ademán humanitario que tenga el carácter incondicional, siendo, de tal manera, una expresión individual. Veremos enseguida cómo los cuatro aspectos, que recalcan el modo de pensar europeo (Ingenio, Naturaleza, Personalidad, Humanitas), pueden facilitar nuestro encuentro.

Por la técnica, la humanidad tiene mucho en común, en comparación con los tiempos pasados, y el Prof. Alisjahbana (Malaysia) ya habla de una *civilización mundial*. Pero examinando más detalladamente esta opinión vemos que lo común, en cuanto salta a la vista, se relaciona, sobre todo, con las conquistas técnicas grandes y su mecanismo exacto, y además con la cooperación económica. Sería una ilusión darle demasiada importancia a este hecho, para un encuentro humano, tomando, además, en cuenta la obra del sociólogo Helmut Schöck —alemán que vive en los EE. UU. AA. desde hace tiempo— sobre la “envidia” (“Una Teoría de la Sociedad” 1966). Schöck ha analizado este fenómeno psicológico —y en general humano— de una manera polifacética y sorprendente.

El mundo ahora es más chico, más uniforme, de contactos más fáciles, sobre todo, porque tanto la radio como la televisión transmiten una abundancia de orientaciones idénticamente a todas partes. Además tenemos el constante progreso del saber físico-matemático como base para domar la naturaleza, o sea la así llamada orientación mundial científica, cuyo éxito es de provecho para todos los pueblos. Es de admirarse la sagacidad del intelecto que ha sabido crear esto. Pero si nos paramos en este punto, es difícil que pueda haber un contacto humano existencial. Me di cuenta de ello en ocasión de la segunda conferencia de los “East-West-Philosophers” en Hawaii (1959), en la que se buscó un encuentro de los hombres de sentir asiático y los de origen americano-europeo en el dominio de la filosofía.

El hombre de éxitos meramente intelectuales puede tener, por cierto, un nivel muy elevado, puede lograr un contacto íntimo con quienes coopera. Pero puede también perseguir metas egoístas, menos meritorias, y sus avances pueden servir para fomentar la oposición y el desprecio de los derechos humanos, como ya nos ha pasado. Hace falta, por ende, algo más integrante, si el hombre no quiere “perder la cara”, en cuyo caso pierde la confianza en sí mismo. Debe poseer, además de sus ricos conocimientos adquiridos, una orientación espiritual, para poder ofrecer algo en un sentido humano. Y esto nos lleva a una

postura cultural e individualmente moral, aunque ésta no tenga su fundamento en un saber innegable de carácter exacto.

Parece raro pero es un hecho que el contacto no se origina en la uniformidad sino en las divergencias de las diferentes culturas. Siendo así, tenemos que hacer esfuerzos para llegar a una región de nuestra vida espiritual muy distinta, de más importancia. Necesitamos penetrar hasta nuestro deber humanitario-social y la interpretación del mundo en un sentido extremo. Sólo estos conceptos pueden formar, decisivamente, al hombre, para serle posible conversar de una manera legítimamente bilateral. Por mi parte, saqué la consecuencia que el “encuentro” requiere más que un intercambio de opiniones que se ocupan, primariamente, del progreso técnico científico —de por sí, sin duda, meritorio—, y cuya meta principal es el bienestar material, y no la esencia de la vida.

7) *El imperio espiritual de los valores personales como “puente” internacional entre los pueblos.* Llegamos, así, al tema central de nuestro ensayo. Quisiera expresar que el encuentro personal se relaciona con algo “primordial” —como suele decirse en el seno del hombre; se trasmite, a base de aquella valuación ética-espiritual que nos ata íntimamente a la sustancia humana del prójimo. Hace transparente nuestro sentir fundamental, revelando, de esta manera, el deseo más profundo e innato de comprender nuestro ser y el concepto de la vida. Nos acercamos así a móviles últimos, extremos, que frecuentemente no llegan ni a nuestro conocimiento. A menudo se derivan de una tradición larga, para el individuo como para la comunidad espíritu-cultural; nada es tan original como una tradición legítima. Esto nunca se debe olvidar si no queremos exponernos a interpretaciones erróneas. Con una palabra: se trata de apreciaciones personales básicas, con las cuales nosotros, los seres humanos, nos acercamos a la vida en nuestros juicios y razonamientos. El mundo da vuelta en torno de la creación de valores, da sus vueltas silenciosamente, para citar, en algo, a Nietzsche. Dime los valores que confiesas reconocer desde el fondo de tu alma, y te diré quién eres.

Siguen ellos manifestándose, en todo lo que aspiramos, ya sea por parte de nosotros mismo, o por parte de los demás. ¿Los contrastes en el mundo de hoy, no se determinan por el aprecio variado que aplicamos al hombre, a su persona y a los derechos que le corresponden? Otra pregunta: ¿Los valores humanitarios, no engloban las pretensiones de *todos* los hombres, aunque el resumen de su historia respectiva haya sido muy diferente? Dicho sea, por ahora, que tales valuaciones han generado importantes impulsos, en todos los tiempos y en todas las culturas, impulsos no siempre exclusivos, ni tampoco parejos —en algunas culturas primitivas con ciertos retrasos e impedimentos—; que han caracterizado la meta primordial de su período; y que están radicadas en la comprensión del propio ser. Es un hecho histórico incontes-



table, que nuestra responsabilidad ética ni puede negar, ni desatender ligeramente por creerlo relativo o accidental y, por ende, sin importancia. Al contrario, es un punto de primer orden de que se ocupa todo hombre previsor. Afecta lo que conmueve al ser humano; no se deja privar de él. Por eso somos partidarios de un movimiento espiritual —donde quiera que exista—, siempre que su fin inmanente pueda procurar riquezas morales y que abarque dimensiones de consideración.

Estos fines o metas de valor psíquico pueden tener, sin embargo, un carácter material, pueden tener su mira fijada en provecho físico, en el poder o en las ganas de sentirse poderoso. Pero esto no nos aflige en lo más mínimo, tratándose de una comprensión mutua. Lo que nos interesa —como se ha dicho— es la pregunta por el sentido esencial de la vida, por lo que define nuestra existencia misma. Bajo este aspecto sí es posible una comunicación existencial (Jaspers), la que genera el deseo de cooperar. No se trata de teorías abstractas, sino de logros reales, concretos, de una productividad creadora en que se manifiesta un ideal. Bien puede ser herencia de días pasados, pero que su espíritu esté vivo todavía. ¿Qué especie de ser humano, preguntamos, justifica nuestro esfuerzo? ¿Cuáles son los eventos y móviles principales que identifican a los distintos pueblos y sus culturas? Si encontramos la contestación, entonces es factible el referido “encuentro”. Formulemos, pues, el siguiente argumento: el verdadero encuentro necesita de apreciaciones personales mutuas y bien definidas.

8) *¿Las apreciaciones de los pueblos, no son, entre sí, relativas?* Si fuera así, no valdría la pena intentar la comprensión de la mente ajena bajo el aspecto de un encuentro. ¿No sería mejor excluir tal experimento y concentrarnos sobre lo que tenemos de común en la vida real y sus condiciones económicas? Seguramente sería más fácil y más eficiente. ¿Y no sería, en este caso, más conveniente hablar de una “unión de intereses”?

En estos días se ha comentado mucho sobre lo relativo de toda valuación. Morris (Chicago), entre otros, ha hecho referencia a la diferencia entre las apreciaciones concretas del Asia y las del mundo americano-europeo. Margaret Mead señala los grandes contrastes —bastante irracionales— que se manifiestan comparando entre sí los pueblos primitivos. ¿Puede haber, en este caso, alguna comunicación? Preguntas así han desempeñado un papel importante en el “Historismo Filosófico”. Han sido disertadas, en cuanto a la esfera cultural de Alemania, por W. Dilthey (murió en 1911) —en su “Método de Ciencias Intelectuales”— y por E. Troeltsch (murió en 1923). Pero, aparte de ello, nos han enseñado algo más, que nos servirá para llegar más allá, o sea la convicción de que solamente podemos “comprender” la diferencia entre culturas pasadas y presentes si aprendemos entenderlas con

un “interés sentimental”, enterándonos de su origen y horizonte, sin buscar la manera de imponer nuestras propias presunciones. Debemos, pues, abrimos a las “experiencias intrínsecas” del pueblo ajeno.

Troeltsch expresa, además, la opinión que cada época y su cultura representan una “totalidad del sentir”, la cual comprende también el individuo aislado. Hemos progresado en algo si logramos “encontrar”, dentro de esa “totalidad”, ciertas situaciones que nos complacen, que se nos comunican por no ser enteramente fortuitas o relativas. De otra manera resultaría un interés meramente profesional. El error que se comete en tales casos, es que ciertas ideas se arranquen de su configuración cultural y, así aisladas, nos parezcan extrañas, incomprensibles y hasta contrarias a un aprecio sensato. Pero revelan, posiblemente, un entendimiento dentro de la “totalidad ética de la vida”, así como todo se ha de comprender en torno de la totalidad, ya sea del alma, movida internamente por los tiempos, o por una cultura, y hasta por un individuo extraño. Nunca ha existido, creemos, una unidad cultural que haya presentado —vista en su totalidad— un cuadro negativo.

Parece notable esto, porque presupone que existen ciertas reglas humanas, no sujetas a los tiempos. Después se hablará de ello. De todos modos: si llegásemos a negarlo, debemos ser consecuentes. Obrando de buena fe, cualquiera tiene el derecho de excusarse de todo dolor normativo e incondicional; porque este deber estaría basado exclusivamente en la historia, tendría carácter accidental, relativo y sujeto a cambios en el futuro; sería meramente convencional. ¿Soy progresivo —o no lo soy—, si no me atengo a este deber, quizás por razones prácticas? La “casualidad” es la que me coloca en una u otra situación —como súbdito de cierta nación por ejemplo, que hoy ordena una cosa, mañana otra. Ya hemos visto tales condiciones en nuestros tiempos. Lo mismo se podría decir, entonces, del desprecio, hoy en día, de los valores humanitarios, imposibilitándonos a oponernos contra tal situación a base de ley y derecho.

Resumamos, pues, nuestros argumentos e ideas: no basta, para un encuentro legítimo, limitarse al provecho material; lo importante sólo se manifiesta si se logra una disposición personal (existencial) dentro de valuaciones humanas. Pero no debemos cometer el error de aislar de su coherencia, valuamientos de otros pueblos por la razón de que nos sean incomprensibles. Nunca penetraríamos, en tal caso, hasta los fundamentos de la posición ajena. La base de un encuentro real es: averiguar lo que no es netamente relativo.

9) *La comunidad relativa.* Se ha hablado del historismo filosófico consecuente, según el cual todo es relativo y pierde, por ende, lo absoluto. ¿Cómo puede ser así? El hecho es evidente: Los conceptos histórico-culturales no



se pueden explicar —a priori— en forma general sólo por la razón; eso lo demuestra nuestra reciente comprensión del orden genérico-espiritual. Se trata pues de nociones ideográficas, y de ciertos eventos, opiniones e interpretaciones de origen histórico. Tales nociones no se dejan comprimir en imágenes de categoría general, ni menos derivarse de ellas. Por consiguiente todo resultaría accidental; pero esta manera de pensar no es compatible con la realidad.

Con toda intención me he referido a la cuestión de valoraciones; porque el interés por lo ajeno, por los pueblos y culturas extraños, siempre llega a este dominio. Es cosa muy diferente hablar —en el sentido arriba mencionado— de una especie de “lógica del ser”; confrontamos la argumentación lógica general con un hecho único, práctico, que está fuera del alcance de ella. Tratándose de valores, en cambio, debemos calificar primariamente lo exclusivo del evento y del pensar concretos. Esto es lo esencial, en comparación con la presentación de legalismos a raíz de las ciencias naturales. No paramos aquí: el mencionado “evento” no es otra cosa que el significado de un sentir general “sobre-individual” de valor —ya sea positivo o negativo— en dos direcciones: por un lado, la cristalización de una valuación derivada de la totalidad (véase arriba la “totalidad del sentir”); por el otro, una sustancia y un postulado intrínsecos que representan un mandamiento infinito, como son la dignidad de la persona y la observación de exigencias humanitarias. Una simple cadena de datos históricos, en cambio, nunca conduce a una revisión objetiva y a la reacción correspondiente.

No debemos, empero, cometer el error —juzgando quizás con demasiada agudeza— de acentuar únicamente los datos históricos, entre sí adversos, en lugar de indagar lo que podamos tener en común y que pueda existir a pesar de “marcas divergentes”, pero no siempre radicalmente contradictorias.

En este contexto es conveniente referirnos nuevamente a la Conferencia de Filósofos (Philosophers Conference) y poner en relieve que el coloquio no obtuvo una base real hasta que se había llegado a hablar sobre ciertos valores como p.e. la lealtad, la confianza, lo genuino, la disposición para auxiliar, la sublimación estética y su manera de expresarse, la religión y el respeto humano ante las realidades de la vida, que, como la muerte, nos conmueven a todos. Estos fenómenos todos los tenemos en común, aunque tengan un distinto colorido o matiz. Pero no son completamente relativos. Se puede hablar de un relativismo relativo.

10) *¿Existen, para todos los pueblos, valores básicos, no limitados por el tiempo?* ¿Qué se puede hacer para “desenterrar” lo que común tenemos y que se encuentra “sepultado”? Es mi opinión que algo positivamente humano debe abrirse paso en los conceptos ajenos, los de otros pueblos y sus creaciones; se

pone de manifiesto esto en las discusiones recíprocas, si ambas partes las saben estimar y apreciar. No se trata, en estos casos, de teorías, sino de relaciones concretas y sus modos de cumplimiento que han tenido raíces en un ambiente vital distinto con sus modalidades específicas. Para explicarme mejor, se me permitirá hablar de una experiencia personal: En la primavera de 1964 tuvieron, para conmigo, la gentileza, de convidarme a una conferencia del Pakistán Philosophical Congress en Peshawar (Montañas de Himalaya), cuyos participantes pertenecían principalmente al Mohammedanismo. Se me recibió a mí, como único europeo, con atención y cierta reserva. Se me consideró a mí en un principio con toda probabilidad como un ateo más o menos convencido. Pero cuando empecé a hablar, siguiendo mis propias convicciones, de las diferentes esferas de “valores”, del “esthetic sphere”, “ethical and highest sphere of religious values”, hubo, de repente, contacto y resultó una franqueza amplia por parte de todos. Habíamos llegado a un territorio de intereses que tenía en común la mayoría de los presentes. Desde luego hubiera sido posible que entraran otros puntos de orden vital, cuestiones sociales, consideraciones artísticas, postulados humanitarios o problemas de la existencia individual que se relacionan con la vida interna personal. Me pude enterar, sin duda alguna, que precisamente estas materias encontraron una profunda resonancia, tanto en la India como las Américas del Norte y del Sur.

También podemos citar un ejemplo de tiempos lejanos, palabras del Tao-te-king de Laotse (siglo VI. a. C. n.). (Trad. p. Ular Bode y Wilhelm): “El ‘hombre superior’ es la garantía del orden (15). El orden eterno genera el sentido, y el sentir nos redime del Yo (16). La comunidad necesita del hombre superior, que se sacrifica por ella (39). Compensa la injusticia con la justicia, da el bien por el mal —porque el camino recto de la bondad es: ser bondadoso con los hombres buenos y también con los que no lo son (49). Maldito sea, en cambio, el hombre ‘grande’ del mundo material, el hombre que ha formado su orden propio, cegado por la codicia y sus ilusiones irresponsables”. En estos casos no se necesitan mayores explicaciones para poder sentir lo que tenemos en común aún en nuestros días, y aunque nos venga de otros horizontes.

Hay aparentemente mucho que a todos nos importa, y mientras más categórico, y de más valor, el tema, más se acerca a nuestra propia existencia.

¿Cómo se explica esto? Si hago resaltar algo que todos en común tenemos, ¿no equivale al hacer a un lado al individuo y su fondo espíritu-cultural? ¿No es que todo vuelve a ser relativo nuevamente? Al contrario: Pero resulta necesaria una breve explicación de lo que se experimenta los “valores” y su íntima sustancia. García Máynez (México) ha formulado el siguiente precepto: “Hay un fondo común en todas convicciones y en todo sentimiento con respecto a los valores”. Aldrich (EE. UU.) habló —en Hawái (1959)— de



la "estructura común del hombre" (structure of man). Se puede, entonces, hablar de valores fundamentales comunes, que no están vinculados con alguna época y que siguen siendo, de hecho, comunes —a pesar de cambios históricos— en sus varias manifestaciones, como arriba se explicó. Forman la base de una comprensión mutua genuina, sin la cual no habría el contacto deseado.

El "valor" es, no cabe duda, algo que se relaciona con la vida misma, algo que llena la vida, que le da sentido y mérito, a pesar de los sufrimientos a que nos sujeta. Por esto lo apreciamos y lo buscamos. En todos los tiempos ha predominado este modo de sentir. Yo mismo lo noto si me lo encuentro concretamente. Todos, sin excepción, experimentamos esta sensación, desde nuestra juventud; sea que se nos haya tratado con justicia, sea que hayamos encontrado comprensión ética y solicitud sentimental, o sea que se nos haya abierto una gran obra de literatura y arte. La historia del ingenio siempre ha buscado la manera de identificar tales impresiones con conceptos como el de la justicia, del amor, de la belleza, etc., aunque estas ideas dependan de diferentes expresiones idiomáticas y del fondo cultural. Se trata, aparentemente, de un sentido calificativo que representa al menos una disposición, si no un deber absoluto de cumplimiento real.

11) *La ascensión gradual y sus variedades.* Además existe un punto, para nosotros muy importante. La misma tendencia a fijar valores se puede realizar en diferentes etapas; es capaz de un aumento calitativo: Se puede prestar ayuda en pequeña escala; pero también es posible sacrificarse hasta un grado máximo, con peligro de la propia vida, salvando a alguien de ahogarse, por ejemplo, o —como vimos en la última guerra— sacando a una persona de una casa en llamas. Estos casos tienen su valor aunque no hayan tenido éxito. Así, el valor personal se puede realizar en varias formas, estando fundado en el individuo y no en la generalidad. No existe, de esta manera, un aspecto suficientemente profundo para sondear plenamente el "volumen" del valor individual, por cuya razón me gustaría hablar, en estos casos, de una "dimensión de hondura". Es, desde luego, un punto de vista que no se puede aplicar cuando se trata de asuntos materiales, de dimensiones funcionales o de legalismos. Si el botánico, por ejemplo, habla de las diferentes categorías de las plantas, y las cataloguiza, no por eso se forma un tema de índole general.

Para el fenómeno valorizante, es, por ende, de carácter decisivo, qué forma *individual* ha encontrado el valor básico *general* —en nuestro caso entre los diferentes pueblos. A raíz de tales valores reales —en sí ya ratificados— hablamos de ellos, como hablamos de los idiomas en general que individualmente se manifiestan en diferentes categorías. También es posible, tomando

en cuenta estas clasificaciones, hablar de diversas "dimensiones de altura" o "elevación": los valores basados en el carácter, y las creaciones espirituales tienen otro rango que los valores materiales y utilitarios.

Es de importancia esto para nuestro tema; porque se presenta la pregunta —siempre que se verifique lo anterior—, si podemos hablar de lo común dentro del encuentro de hombre a hombre y de pueblo a pueblo, midiendo los varios grados y "dimensiones de hondura". Estos motivos, observándolos, nos afectan, porque cada ratificación lleva su propio matiz. Por eso podemos hablar de una "planicie de variedades" de los valores humanos realizados, en comparación con los modos de valoración que presentan las culturas y épocas históricas. Pensemos, no más, en los diferentes aspectos que ha adquirido nuestra imagen de Dios —básicamente idéntica en todas partes—: sea que se concentre en la idea de un amor personalizado, de un poder voluntarioso o de una espiritualidad pura; sea que se divise en ella una trascendencia sublime o una actividad creadora del "concurus divinus" en la naturaleza. Repito el ejemplo arriba citado que realza cómo el valor humano general del amor se ha manifestado en el "Eros", en el "Agape" de la antigüedad, en el amor humanitario y social, y en sus varias "dimensiones de profundidad". En los Upanishades también se habla, dentro de un marco histórico espiritual distinto, del sumo valor de la perfección y entereza, del amor, de la libertad, del Yo —que se identifica con "being" "consciousness — bliss (sat cit y ananda) y absolute love" (Kath. Up. II, 2, 1. 3, 12. Shadangya Up. 6, 8, 7, 15, 8, 7. Brih. Up. I, 4, 10 y otros).

Es conveniente mencionar, sin embargo, que pueden existir, aparte de lo común fuera de las culturas, matices de valor muy diferentes en los rasgos básicos humanos, matices de los cuales no cabe tratar ampliamente en estas líneas. Pensemos, por ejemplo, en la valoración europea de lo individual y personal, comparándola con su prestigio en el Hinduismo y Budismo —según afirma Goichi Miyake (Japón). No importa que Nishida haya encontrado alguna semejanza en su teoría de la superación de la vanidad a través de la autodeterminación de la eternidad hasta llegar a la historia contemporánea; o que Sukuzi reconozca, ante la eternidad (Samara-Nirvana), la afirmación o la negación de la vida. Debemos "preguntar" —dice este último— "por el sentido de los varios símbolos; sólo así estaremos en condiciones de perforar el velo" (The East and the Western Way, 1957).

Es preciso, ciertamente, anotar que algunos valores básicos humanos no penetraron, en una u otra época, hasta la superficie; que estaban "sepultados"; que ha existido, según dice Scheler, una especie de "ceguera" o "error" con respecto a aquéllos. Pero no nos corresponde reflexionar en estos términos



si no nos identificamos aprobando los valores humanos generales "sobre-temporales" (eternos) —aunque existan, repetimos, grandes variedades históricas.

12) *Resultados*. Es imprescindible lo arriba dicho, si anhelamos un entendimiento mutuo entre los pueblos; si averiguamos lo que mutuamente nos interesa, y si nos preguntamos qué profundidad y cualidad han cobrado nuestros valores humanos dentro de los límites espirituales hasta ahora desconocidos. Tenemos que "ajustar" nuestra vista para divisar lo absoluto en medio de visiones fugaces, y para percibir qué motivos de valor se hallan en los diversos dominios culturales y manifestaciones históricas. Se puede, desde luego, oponer que la ciencia exacta no es capaz de comprobar estos fenómenos sino únicamente, de registrarlos; depende de las condiciones que presentamos a la ciencia y sus formas de investigación. Nicolai Hartmann ha aclarado, con todo acierto, que no es posible aplicar al ambiente espiritual los conocimientos relativos a la naturaleza orgánica y anorgánica. Se trata, en aquel caso, de luces espirituales, de experiencias intrínsecas genuinas que están sujetas al criterio de la responsabilidad científica y que necesitan de su justificación por análisis fenomenológicos para evitarnos una decepción de nosotros mismos.

Si pasamos por alto las valoraciones constructivas —históricamente tan importantes—, porque no se dejan definir por las ciencias exactas, entonces se desvanece el entendimiento entre pueblos y hombres. Necesitamos controlarlas espiritualmente. Para esto es indispensable seguir, en lo esencial, las mismas sendas (según Dilthey) y convencernos de nuestra propia conformidad. Así preparados, debemos presentarnos ante los representantes de los demás pueblos, dispuestos, a la vez, a la tolerancia dentro de los valores básicos, y al reconocimiento de la libertad espiritual ajena. La misma ética nos obliga a tal actitud. Es preciso hacer un resumen breve de lo que hemos dicho.

Se ha explicado que el "encuentro" sólo es factible si reconocemos las distintas manifestaciones de los valores básicos humanos en zonas culturales ajenas. Nuestra posición, con respecto a esta aclaración, sólo se justifica, si se da a dichos alcances y metas un *carácter incondicional*; si algo "sobre-temporal" se abre una brecha en el dominio temporal. Está, en este caso, respaldado por síntomas que se relacionan con la más íntima existencia humana y en los cuales se manifiesta el Yo ajeno. Una tentativa de esta índole nos obliga al respeto y al interés por los demás pueblos, porque se trata, con inequívoca necesidad, de los deseos de ellos y de sus impulsos ocultos. Si logramos verificar tales intenciones, la discusión será fecunda y nos dará la oportunidad de comunicar algunas de nuestras ideas existenciales europeas. Descubriremos, a la vez, que se resucitan, de este modo, nuestros propios anhelos, como son: el desarrollo del espíritu a raíz del conocimiento de la

naturaleza, la independencia de la personalidad y lo "Humanum" en todas partes, en todo el mundo.

Nuestra meta no es la uniformidad. La variedad inmensa de las diferentes culturas populares debe presentarse como un símbolo fértil, tal como lo vemos en una galería de arte con cuadros de muy distinta expresión y calidad siempre que se trate de testimonios legítimamente genuinos. De esta manera lograremos nuestro "encuentro" y desenterraremos lo que, clandestinamente, tenemos en común.

Traducido por el Sr. ERNESTO JAFFE